

ESCRITOS DEL DORMIR

José Luis Gómez Robles



Capítulo 1

EPISODIO I

Clavellina, venid a mí en hartando gerundio del estío y auxilio floral. A tos vana, febricular, el estar se aferra, el padecer, pero y hueles un color de comienzo y no sanas, aunque parezca así por un frescor ambiental. Digamos caja, madera y medidas. Digamos envío a santa tierra. Digamos ataúd y queda dicho el hecho, del volátil sufragio en andanzas, del ser vivo contra el no puedo, de la tierna fragancia, oh clavellina, de lo etéreo. En postdata de falaz espejo, en necrológicas siento que el marmol me recuerde, en palabras parco, por reposo y parca, adusto y añejo.

El vástago, de impronta hosca, rubicunda y versátil con su aspereza evolutiva. En vis a vis, a borbotones, la psique ríe al bello amanecer, que sin conexión crea mareas y nace. Es el hijo favorito de un Dios, culminante, frágil, como de porcelana, sin nuca ni músculos, ni huesos ni tendones, un dragón de blanca coraza, urdiendo la más dulce de las seducciones.

¿Eres el nacimiento de esta niña? (Mohína... Ladina...) ¿Y cuál es el misterio de tu exceso? (Tornasol... Cauta...) ¿Eres el nacimiento de esta niña... otra vez?

EPISODIO II

Terribles cuencas, macilentas y vacías en recuerdo de pupilas, tras amnesia solariega de dos figuras negras. En fina arena, es al rumor de soñar, que el mar crea su sinfonía verdadera, de hebras de luz y rimas de coral. En verdad, la alegría se acerca y es alboroto de sigilo, entronada a servir lágrimas de ángel, por gris, por despecho. E intenta, más acoge ochocientas balas y sus miradas ni se encuentran. Un graznido de cuervo resuena estridente, rezando loas por la maldad... ¿y de repente? El todo, la nada, el silencio...

Y a este fuego que en llamas devora, tras lumbre de hambre y sueños, crepita en armonía del ahora, y es por fuerza de los dueños, prestos, a silbar. Si a enojo creativo cabe un saber, ¿qué era, caballero? Por pluma rota le miro, pluma arriba o hinojo en bosque, del lobo, del monte roto, del mar de loto de tu vida, de ella, de las risas y las cenizas aletargadas.

¿Qué es vida? Una pluma de arco-iris, la sutil quimera del ser, un frágil anhelo. ¿Qué es juego? La sonrisa de una mueca, un guiño en la niebla o

el vuelo del infante... es a triste... un duelo.

EPISODIO III

Ser la distancia, sea y la vida no. Hosco muro y arder en pena. ¿Quién pregunta? ¿Acaso yo? ¿O cuestiona a la fría piedra, que sonrío y encierra su yugo sobre piel de arena? Sueño ardor, vilipendio al sonar y lejano de amor. Sueño paisajes de olvido, de aquella princesa, del reinado a licor. Sueño y despierte por tan tibio amanecer, si a sangre de su sangre envalentona. Recuerde el vuelo, recuerde el cielo, recuerde al recuerdo, del trago del muerto. Usted ya no es. Con aquellas luces fulgurantes, si, con aquellas, nació en niebla. Amargo, piensa en tornar y efímero lo cree, por sus labios, por volver a besar. Pero no, en la nada queda un todo, cual rezo a su esencia, a la angustia y al vacío, a la pena de una guitarra desafinada, que sin cuerdas rasga lamentos en murmullos. Y es adiós. La eterna noche de nuevo, fiel, socarrona, que acaricia su alma y en pena. Esta vez... por siempre. Es adiós.

EPISODIO IV

Indefenso, inmortaliza en don su memoria, sobre falaz evangelio en jalones de harta, de obesa desconfianza. Lloriquea sin cesar, mientras diez vientos confiesan a la legua su aprensión, su acopiar rimas a un triste mirar. El mar, impoluto de sombra, espumea en capilla arboleica de algas, que a corolario redime agonías de sueños pasados y eternos.

Se tiembla la carne, enmudece el aliento renacido al pavor, por ver que a ciénaga amarga en fango, donde era mar ahora es largo abrazo, o una caricia que nos sumerge en firmeza de un adiós, o violines en música afable y que amparan al velado destino.

En rincón de pensar, desconocido y cárdeno o en celeste, ni época, ni lugar, ni si ha pócima de enmienda, peroratas por pesambres cámbiense, de resembres en alma tortuosa que a no frío, pues en si tornarán carbones, chispas, brasas y lumbres, si al hundir de tempestad, la hiel acartona este aire mío vacío, relleno de agua y sal y marchitos recuerdos.

Una rosa roja, otra amarilla, se abaten dulcemente, siendo en vuelo de pétalos a tierra y de ahí, a madera. La eternidad, pausa un frágil epílogo, donde no existe el tiempo ni enraiza la palabra. Y a saber, la parca danza en el surco de una lágrima...

